

# Hacia una Biblioteca del Castellano en América

POR RAFAEL HELIODORO VALLE

Ninguna riqueza vale más, para un pueblo, que la de su idioma. En él arden la sangre, la tradición, todo lo más caro para la conciencia colectiva. Los monumentos se derrumban, las instituciones se modifican, el clima de la sensibilidad se modifica; pero el idioma —a pesar de sus vicisitudes— liga y religa, infunde al genio de cada pueblo el hálito vital. Conocer ese tesoro, estudiarlo, enriquecerlo, es un deber común e individual. Por eso hay que hacer su inventario, porque sobrepasa en grandeza al de los bienes materiales.

Todavía en nuestra América está disperso ese vasto conocimiento, a pesar de que a él ha contribuido una muchedumbre de trabajadores que ponen su inteligencia al servicio del porvenir y al mejor entendimiento del pasado. Humanistas, educadores, hombres de letras, periodistas, todos utilizan el castellano para transferir la emoción pura o animar el movimiento histórico o discurrir en torno a problemas que embargan la atención del lego y el docto. La llama ancestral que nos vino de España y a través de ella de otros pueblos que trabajaron para la cultura y el engrandecimiento del hombre, está encendida —hoy como nunca— en el ensayo y el poema, la adquisición programada y el diálogo con ideas. Pero cuando contemplamos este paisaje en que alzan sus frentes y sus obras los próceres de nuestro idioma —Bello, Cuervo, Montalvo, Martí, Hostos, Rodó, Sierra, Darío— y tantos otros, no podemos disimular la sorpresa al ver que en más de cien años de vida emancipada, esos materiales impresos no siempre están en las bibliotecas y aquellos que lo están necesitan ser ubicados para que no se perpetren repeticiones o se insista sobre asuntos que están ventilados. Al crítico literario le faltan elementos de juicio, a veces; al que prepara una tesis doctoral, le escasean las fuentes; al que educa desde la cátedra periodística no siempre le es dado encontrar información precisa para recrear sus temas y seguir la conversación con sus interlocutores invisibles.

Nadie puede negarlo. Algunos libros —novelas, sobre todo— ofrecen al término de sus páginas algún vocabulario; se han editado libros de texto que, como la *Gramática* de Bello, siguen teniendo

validez; pero hasta la fecha no hay un itinerario bibliográfico que nos permita contar con guía eficaz para ubicar los trabajos en que se han tratado cuestiones filológicas y lingüísticas, se ha seguido indagando sobre los orígenes de ciertos vocablos (o voquibles, como alguien quiere que digamos) o se han librado animosas batallas para impedir la invasión de palabras o de locuciones que no son ni más hermosas ni más adecuadas que las que tiene en su haber nuestro idioma.

Viajar a lo largo de nuestra América no sólo es un deleite por el número de las emociones que nos salen al paso, sino porque en sus diversos países el castellano sufre transformaciones sorprendentes; y otras veces oímos palabras que sólo se hallan en los textos originales de *El Periquillo Sarniento* o en la prosa cálida y fina de Ricardo Palma. Desde Nuevo México hasta la Araucanía hay un mundo de magia verbal, en el que no solamente los folkloristas, también los buscadores de poesía escondida, encuentran enigmas de semántica o alteraciones fonéticas que deslumbran.

Acaso ésta sea la ocasión propicia para formular una esperanza: la de que se formule el compromiso de recoger ese rico caudal de noticias, que están palpitando en monografías y en libros —muchos de ellos de difícil obtención— y que ofrecen motivos de análisis, para adentrarse en los viejos horizontes de nuestra expresión. Nada más apropiado sería que se fundara una comisión de bibliógrafos, en las que estuvieran representados todos nuestros países, Puerto

Rico inclusive y las zonas de los Estados Unidos en que antes se habló el castellano. Habría que trazarse un programa para la recolección de los datos bibliográficos y su ordenamiento homogéneo. Habría que rastrear de preferencia esas informaciones más allá de 1935, año en que apareció la primera edición del *Handbook of American Studies*, porque en cada una de ellas hay materiales bien seleccionados que aparecen en su sección "Lengua y literatura". Pero habría que trabajar con mayor amplitud que la de esa sección, porque hay mucho que se puede recoger en periódicos de provincia, sobre todo en algunos países, como Colombia, en donde ya va siendo costumbre la de mantener los fueros de una columna diaria en la que se señalan gazapos y se presentan sugerencias inspiradas en citas de clásicos.

El campo de esa investigación sería vasto, pero mucho podría esperarse de la diligencia de quienes se comprometieran en ella. Dentro del temario del Primer Congreso de Academias de la Lengua, la "Bibliografía del Castellano en América" puede justificarse en el numeral 5 del punto IV, que se refiere a la "Colaboración interacadémica", ya que tales labores corresponderían a la "Difusión de los estudios lingüísticos", yendo más allá de los "expuestos en los discursos de recepción de los académicos".

Para tal empresa sería indispensable revisar las revistas que documentan la historia literaria de cada país hispanoparlante —desde *El Perú Ilustrado* y *Revista Azul* y *El Mercurio Peruano* y *Revista Moderna* de México, hasta *El Cojo Ilustrado* de Caracas, *El Figaro* de La Habana, *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica, *Nosotros* de Buenos Aires; y, a todo trance, los diarios calificados por su estilo ejemplar: *La Prensa* bonaerense, *El Tiempo* bogotano. Seguramente se tendría la cooperación de los Institutos de Filología,

el Instituto de las Españas, de Nueva York, el Instituto Caro y Cuervo, los centros de estudios lingüísticos de las universidades y las sociedades folklóricas.

El área de tales indagaciones no puede ser más estimulante. Los trabajos de Rafael Angel de la Peña y Victoriano Salado Alvarez, en México; Antonio José de Irisarri, Carlos Gagini, Alberto Membreño y Lisandro Sandoval en Centroamérica; Rufino J. Cuervo, Emilio Isaza y otros, en Colombia; Ricardo Palma y Pedro Paz Soldán en el Perú; Augusto Malaret, en Puerto Rico; José Toribio Medina y Miguel Luis Amunátegui en Chile —cito solamente a los muertos—, serían invitación suficiente para poner manos en esa obra. Y no hablemos de Andrés Bello, porque su pensamiento de humanista educador domina, de modo impar, el espléndido panorama en que nuestro idioma está configurado. Habría también que acudir a otras fuentes de consulta imprescindible: las que ofrecen algunos libros de viajeros, que puntualmente iban apuntando palabras que, por no ser las de su idioma, les llamaban poderosamente la atención, y aunque muchas de ellas no las usamos ya, cumplieron su destino.

Podría adelantarse, a guisa de sugerencia, una lista de temas:

- General
- Bibliografía
- Americanismos
- Biografía
- Didáctica
- Divulgación y crítica
- Folklore
- Fonética
- Gramática
- Geografía
- Lengua y Literatura
- Lexicografía
- Ortografía
- Ortología y métrica
- Revistas lingüísticas
- Relaciones indigenistas
- Vocablos
- Vocabularios literarios.

No creo necesario encarecer la importancia que tendría esta labor para trabajar con más eficacia por la unidad de nuestro idioma y la defensa de su tradición insigne. Bastaría considerar cuán nutrida y dispersa está la producción de estudios meritisimos que sobresalieron por su celo y buen gusto, sin cerrar la puerta al viento de la renovación ni desentenderse de un hecho ya reconocido; sobre todo, por quienes tienen al *Quijote* como confidente y señor: que el pueblo y los hombres de letras son los que construyen el idioma y que éste sigue siendo poderoso estímulo de la conciencia histórica.

Washington, D. C., 1951.



SON UNIVERSITARIOS MEXICANOS

LOS TECNICOS DE LOS

Laboratorios "MYN", S. A.